

Tráfico de esperanzas*

José Arthur Giannotti

I

POCO DESPUÉS DE LAS ELECCIONES, un asesor de Fernando Collor de Mello se preguntaba con cierto espanto cómo era posible que un pequeño grupo de políticos de Alagoas llegase a ocupar la presidencia de la República. ¿El Estado brasileño se había convertido en un objeto de asalto, pasible de ser conquistado por un *condottiere* rodeado de una banda de aventureros que pudieran sustituir la fuerza de las armas por el tráfico de esperanzas? Porque, en el fondo, luego de la refriega y la resaca, se percibe que las últimas elecciones no pasaron de ser un gran logro y, a la vez, un desastroso salto en el aire.

Hace un año, todos se habrían burlado de quien pronosticara que un oscuro gobernador de Alagoas llegaría a la presidencia de la República. El eje de la política giraba en torno al triángulo São Paulo-Río-Minas Gerais, epicentro de la crisis económica y social y, por consiguiente, de donde había de salir una solución que resolviese conflictos y organizase aquellos intereses capaces de imponerse como el verdadero interés nacional. El juego político llegó a una situación de suma cero, paralizado por sus conflictos internos.

¿Cómo caracterizar un *interés político*? Aquí vale la pena una digresión. Aparte de ser muy difícil, tal vez no sea muy productivo comenzar por describir aquello que lleva a un individuo a escoger la política como profesión. Son diversos los motivos que pueden hacer que alguien llegue a ser médico, profesor o tornero. Lo que

* Este artículo apareció originalmente en *Novos Estudos CEBRAP*, núm. 26, marzo de 1990. Se publica con la amable autorización de la mencionada revista.

importa ante todo es que actúe como tal. Y la primera acción de un político es relacionarse con otro político; pues su vinculación con el elector, que lo transforma en representante suyo, está mediada por la alianza y la exclusión de compañeros, lo que le permite salir a la caza de votos. El análisis de una elección revela, en general, el peso de clase de los votos; el estudio de las políticas muestra cómo los grandes intereses políticos utilizan en su favor el poder del Estado, ya desde el punto de vista legislativo, ya desde la distribución de los fondos públicos; comprender el funcionamiento del Estado pone al descubierto cómo las voluntades individuales se convierten en la voluntad general; pero todos esos procesos están mediados por un juego político en el que los individuos se constituyen por relaciones de reciprocidad y procesos de identificación, teniendo como objetivo ocupar posiciones estratégicas de mando en instituciones como partidos, órganos legislativos y ejecutivos y, mirando hacia el exterior, frente a otras naciones.

En condiciones habituales, una democracia representativa no consiste en un trueque directo de dar esto y tomar aquello; como entre los pueblos primitivos, el retorno viene después de un cierto lapso, en forma de apoyo para una elección o para la votación de un proyecto, en el nombramiento para un cargo público. Ese individuo, el político —dentro de un cuadro institucional, presidente, gobernador, representante municipal, jefe de partido, etc.—, *sigue* las reglas definidas por su cargo; en el juego político, no obstante, gracias a su red de apoyo y a procesos de identificación que indicaremos más adelante, él se convierte en medida, él mismo es una regla a ser tenida en cuenta por los demás. Un presidente o un representante municipal pueden agotar por completo su *valor* si pierden sus apoyos, se aislan y dejan de *significar*, de *señalar* ciertas formas de comportamiento.

Examinemos la situación siguiente: al finalizar su mandato, un gobernador que quiere ser presidente decide presentarse como candidato al Senado en busca de una posición estratégica. Entre tanto, ese puesto lo ocupa un político que pretende luchar por su reelección. Para realizar su proyecto, el gobernador negocia con el Senado su apoyo para otro cargo de prestigio, supongamos que ministro o diputado federal. Si el senador estuviese totalmente desvalorizado ante la opinión pública y en el partido, el gobernador llevaría a cabo sus planes sin tomarlo en consideración. La negociación parece un trueque, pero al contrario del cambio por equivalentes, como ocurre en el mercado, la retribución se hace teniendo en cuenta el mantener la especificidad del político en cuestión. Se

trata de un trueque de bienes simbólicos en el que el senador, por ejemplo, es tenido en cuenta como patrón de medida, que remite a sus propios apoyos. El gobernador puede muy bien, y siempre trata de hacerlo, atraer él mismo a la clientela del senador, pero necesita considerar que éste es, mientras tanto, el mediador autorizado de los socios que lo acompañan. Esta es la regla de la mediación.

Al tratar con él, el gobernador no está simplemente incorporando al senador a su grupo político, sino que se sirve de él como símbolo de una determinada línea de acción. El senador no vale sólo por la cantidad de votos que obtiene, en su vida política sufre victorias y derrotas; lo que lo coloca en el juego es la *disponibilidad* para ciertos tipos de acción. Así como la palabra “ladrillo” sirve para significar un material de construcción pero también designa una tesis académica indigesta o un golpe violento contra otro, la figura del político está constituida por el aura de sus destinos posibles, como instrumentos para realizar determinados proyectos. Es en este punto donde inciden las diferencias ideológicas y la representatividad de clase de los individuos. Es con esos instrumentos con los que los electores se identifican. Janio, Maluf, Covas, Montoro, Fernando Henrique, Lula, Suplicy,* para hablar sólo de paulistas, no están en el juego político únicamente por sus respectivos potenciales de votos que por lo demás varían a cada momento, sino como vía de políticas posibles, instrumentadores de proyectos con los cuales se identifican otros políticos, militantes y electores. Los políticos son herramientas en el interior de una gramática.

II

Si por “gramática” se entiende un esquema operativo, un sistema de reglas, verbales o no, donde cada patrón de medida, cada frase, tiene su sentido en su uso, en su ejercicio, ¿no cabría preguntarse si existe una gramática de la política? Desde luego estaríamos reconociendo que esta última es una forma de expresión; en vez de indicar directamente intereses de clase, revelar el juego de la base material de una sociedad, como quiere el marxismo ortodoxo, insistimos en que los juegos políticos son también una expresión y cabe así-

* Políticos brasileños, cuyos nombres completos son, respectivamente, Janio Quadros, Paulo Maluf (gobernador de São Paulo en 1979-1983 y candidato del PDS), Mario Cova (PSDB), Franco Montoro, Fernando Henrique Cardoso, Luiz Inácio Lula da Silva [esta nota y las siguientes son de la coordinadora de esta sección.]

mismo preguntar por el significado de esos juegos. De este modo, se abre el camino para un estudio de la propia *expresión* política, en vez de seguir insistiendo en que cada grupo se hace *expresar* por un partido, una asociación de intereses que se *expresa* en una jugada política, etc. Desde este punto de vista, la propia política se convierte en uno o varios juegos de lenguaje emparentados, en el sentido de Wittgenstein, correspondiéndonos la tarea de examinar las reglas del empleo de cada uno de sus elementos. En el fondo de todo ello reside la esperanza de poder reflexionar sobre la política como una forma representativa sin caer, por un lado, en el prejuicio de que una palabra o un diputado tiene representación porque está en el lugar de una cosa o de un interés y, por otro lado, en el isomorfismo místico que piensa los movimientos de la sociedad civil como reproduciéndose en los juegos de la política; se comprendería a éstos si se los relacionara con aquéllos. Dios me libre de caer en la estéril discusión sobre la autonomía absoluta o relativa de lo político, pues rechazo desde luego esa nominalización. Prefiero la tarea más modesta de intentar entender qué quieren decir los políticos cuando negocian entre ellos y piden votos a sus electores. Me estoy moviendo, desde luego, en el ámbito de una política democrática y representativa que quiere decir algo.

Sé bien que esas ideas no son hasta ahora sino un proyecto oscuro y confuso, pero estoy más dispuesto a correr el riesgo de impresionismo que a caer en la monotonía de la repetición de lo ya dicho. La situación es nueva y conviene usar ropa nueva sin, pese a todo, olvidar que el cuerpo es el mismo. Este no es un artículo propiamente teórico, sino de intuiciones expuestas metódicamente.

Me impresiona el hecho de que el político sea un hombre que hace discursos, hace en tanto que habla y, por más extraño que parezca, habla ante todo con otro político en vez de dirigirse a su público; los políticos comienzan coincidiendo o no entre sí. Me parece crucial entender el carácter de este acuerdo. Cuando dos cazadores actúan conjuntamente para alcanzar la caza, o cuando dos luchadores se comportan tomando en cuenta el movimiento correspondiente del oponente, cada acto se relaciona con el otro en su individualidad. Entre los políticos, el otro no es tanto un individuo como un patrón de medida, punto de referencia del comportamiento de terceros. Cuando Lula se pone de acuerdo con Brizóla, no es tanto con este *gaúcho* [de Río Grande do Sul] con tales y tales características, capaz de practicar éstas o aquellas acciones, sino sobre todo porque él es un patrón de medida de comportamientos ajenos, los cuales son indirectamente observados por Lula. Si insisto en este

punto es porque confiere a cada individualidad política un carácter de espejo, una vinculación con otro que constituye su propia identidad. El individuo es un signo en un contexto colectivo de actividades específicas. Es en él donde reposan los procesos de identificación y proyección de sus electores o simpatizantes, lo que lo transforma propiamente en un representante, en un símbolo de actitudes posibles. Y cuando los representados siguen la regla, lo hacen porque se acostumbraron, aprendieron a actuar de acuerdo con ella; actúan *institucionalmente*, hasta el punto de poder sustituir al individuo portador de la regla por otro, en caso de que aquél deje de funcionar satisfactoriamente. Del mismo modo, pueden modificar la regla conforme participan del juego y perciben los cambios de comportamiento del líder, ahora, carismático. El juego político es abierto, recompone sus reglas de acuerdo con su propio ejercicio.

Las facciones y los partidos están compuestos por políticos, es decir que *presuponen* la institucionalización, que sustentan a estos últimos. Si los partidos son instituciones voluntarias, si aglutinan a políticos que preparan cierta estrategia para llegar al poder y diseñan un proyecto nacional, no por ello deben ser equiparados a otras formas de asociación. Los militantes siguen reglas previamente estipuladas por ellos mismos o que terminan por aceptar, reglas que definen y *determinan* el juego político, delimitando los límites dentro de los cuales se deben mover. Al contrario de otras asociaciones, los partidos presuponen la institucionalización del juego político. De este modo, partidos y juegos se complementan. El juego político se desharía si extendiese indefinidamente sus alianzas; esto terminaría por negar la oposición fundamental entre compañero y adversario. De allí la necesidad delimitante de los partidos, con sus reglas determinantes. Pese a todo, se asientan en un juego político que rebasa sus fronteras. En un partido siempre existe una periferia de políticos cuyo juego se dirige a otros partidos.

Para la democracia es más importante un juego político bien estructurado que partidos fuertes. Nada impide que, al mismo tiempo, los políticos estén en perpetuo cambio, que los partidos se rehagan periódicamente y se tenga un proceso democrático estable, si la institucionalización de los políticos está garantizada. En efecto, el régimen militar equivale al régimen de partido único, pues en ese caso el juego político queda perfectamente encuadrado en las reglas determinantes, en la demarcación diseñada por las fuerzas armadas o por ese partido. Aunque la multiplicidad partidaria es condición de la democracia, no veo ningún inconveniente para que ella se instale con partidos débiles y juego político fuerte. Im-

portan las actividades reconocidas de los políticos, sus constantes negociaciones y el funcionamiento continuo de los parámetros para el comportamiento de los electores.

Me parece que en los últimos tiempos hubo una especie de corto circuito en el juego político brasileño, su gramática se movió como cuando se barajan los naipes. Si un alumno se equivoca en una suma, no por ello está poniendo en jaque las reglas de la aritmética, pero esto sucede cuando afirma que dos más dos son cinco y todavía insiste en argumentar en favor de esa ecuación cuando se le advierte de su error. Es conveniente distinguir entre error con fundamento y error contra el fundamento. Esto último es lo que aconteció al final de la Nova República.

La reciprocidad muchas veces se transformó en un trueque directo, mercantilización del voto por una prebenda, de apoyo por un cargo. Cuando un elector vende su voto degrada su acción pero, como no es político, no pone en riesgo su identidad. En cambio, el político, por este medio, destruye su valor, envilece su sentido en cuanto disponibilidad para algunas acciones. Al venderse, pasa simplemente a desarrollar otro juego pues su acción se convierte en una acción *cualquiera*, sin especificidad, desde que recibe una contrapartida financiera; en realidad sólo tiene valor por la capacidad de sus compañeros y electores para identificarse con él y por la diferencia que consigue establecer frente a sus adversarios. Un político venal, en general, ya no posee adversarios y, por lo tanto, deja de ser político. Como es obvio, su estrategia consiste, por una parte, en venderse al Ejecutivo o a los grandes grupos económicos y, por otra, en ocultar a sus electores la negociación, presentándose como paladín de virtud y de ciertos ideales incorruptibles. En realidad, las reglas del juego político, en grados diferentes según grupos y partidos, coexisten con los negocios, pero no por ello deja de ser importante observar la especificidad de las normas que rigen ese juego.

Un político se constituye en tanto que instrumentador de ciertas esperanzas y sus medios en oposición a otros políticos. Cuando alimenta o despierta esperanzas irrealizables, también se niega en cuanto político, pues su mediación puede ser descartada por la relación directa con las masas por profetas o mesías. No siempre se llega a ese extremo en una sociedad moderna. Entre nosotros lo que ocurría era un golpe de Estado que ponía las cosas en su lugar: se concentraban las expectativas en la vida privada y los políticos y profetas eran encuadrados o sustituidos por técnicos "competentes".

III

En los últimos años de apertura, se fue tejiendo gradualmente un juego político brasileño. Ciertamente, durante la dictadura se hizo política, pero no se practicó ese juego de democracia representativa que procuramos bosquejar más arriba; fue más una acción política de determinación que de reflexión. No obstante, el gobierno Sarney y el propio proceso constituyente crearon obstáculos al ejercicio democrático. El primero alimentó expectativas inadecuadas, agotando por consiguiente los procesos de identificación de los políticos existentes y degradando el principio de reciprocidad. No sólo con la ilusión del Plan Cruzado, que prometía inflación cero, desalentando políticas económicas heterodoxas y la propia idea de congelamiento de los precios, sino también con el desmantelamiento del sentido de la función pública, de manera que todo lo que es colectivo —sistema educativo, seguridad social, recaudación fiscal, etc.— se transformó en una apariencia, en una promesa no cumplida. Nunca se vio tal degradación de lo público; se llegaron a usar recursos públicos como si fuesen privados.

No cabe duda de que la nueva Constitución, con todas sus ambigüedades, representa un enorme avance democrático. No obstante, el proceso constituyente enclaustró el juego político, reforzando la reciprocidad y las negociaciones y restringiendo los mecanismos de identificación y proyección. Mientras se elaboraba la nueva Carta, la vida del pueblo empeoraba día tras día, de manera que la propia actividad política resultó desprestigiada. No fue casual que aumentase la popularidad del gobierno militar y algunos declararon que antes “eran felices y no lo sabían”. La gran masa identifica al político con la imagen moderna del sofista, en la medida en que, en su mayoría, los partidos dejan de organizar a su público, de discutir con él políticas alternativas abandonando sus funciones propiamente educativas.

No niego que la sociedad de masas y, especialmente, nuestra forma de presidencialismo favorece la personalización de los políticos. Sin embargo, una cosa es la identificación propiamente carismática, con el líder como demiurgo de un mundo nuevo, depositario de las expectativas más inverosímiles, cuya realización implicaría casi siempre absurdos lógicos. En política esto es posible no sólo cuando se debilitan las instituciones partidarias, y aún más el decaimiento del juego político.

Otra cosa es la identificación con el líder normalizador, con el político en tanto que canalizador de esperanzas, cuya realización,

aunque necesite transformar el mundo, no apela a lo fantástico o lo absurdo. Se trata de una diferencia en la manera de juzgar.

El primer síntoma de desorganización partidaria y de debilitamiento del juego político aparece en la última elección municipal. En puntos importantes del país la máquina falla, la campaña se desarrolla en torno a personajes que luchan por convertirse en punto de identificación y aglutinamiento de las insatisfacciones populares más impropias. El ejemplo flagrante es la elección de Luiza Erundina.* La victoria no fue tanto del Partido dos Trabalhadores (PT) con su ideario, sus propuestas y su red política, sino de una figura *outsider*, cuya principal característica consiste en negar la política vigente. Todo sucede como en un proceso de saturación: se agrega más azúcar a una solución hasta que, de repente, los cristales se depositan en el fondo del vaso. ¿No se estaba preparando así el terreno para la elección de Fernando Collor de Mello a la presidencia de la República?

Los políticos, además, se encerraron en una especie de “cretinismo parlamentario”, pensando que el diseño de un Brasil ideal, obtenido a través de la nueva carta institucional, sería capaz de dar la medida de sus propias acciones. Ahora una constitución mide el comportamiento de jueces, ejecutores y ciudadanos, define ciertos límites para el juego político, pero los triunfos que los constituyentes obtuvieron en la votación de cada artículo no se transformarían automáticamente en triunfos que sirvieran como punto de aglutinamiento para las expectativas populares. En este plano, falló completamente la estrategia de Ulysses Guimarães,** que pretendía hacer campaña blandiendo el librito de la nueva Constitución. El proceso constituyente no transformó la Constitución en una aspiración del pueblo. Cuando el gobierno cae en manos de un grupo de aventureros, ¿no es de esperar que integre a los aventureros populares del Congreso?

El Partido Movimento Democrático Brasileiro (PMDB) fue el mayor sacrificado por la ceguera de pensar que los triunfos en la Constituyente pasarían casi automáticamente a la sucesión. Las elecciones de 1986 le dieron la mayoría en el Congreso y prácticamente el monopolio de los gobiernos estatales. Se llegó a decir que la Constitución sería lo que ese partido quisiese. No obstante la estupenda victoria, endureció su juego político y debilitó su fuerza adminis-

* Luiza Erundina es la candidata victoriosa del PT a la alcaldía de São Paulo.

** Ulysses Guimarães fue candidato a la Presidencia de la República en las elecciones de 1989; pertenecía en aquel entonces al PMDB.

trativa. Desde luego, José Sarney y sus aliados constituirían un cuerpo extraño en la Nova República que se instalaba. Por una parte, ese grupo organizaba pedazos del antiguo régimen, y por otra parte tenía que negociar cada decisión importante con el partido hegemónico. De ahí la debilidad intrínseca del gobierno, que no podía ni gobernar solo ni aprender de sus propios errores. Por lo demás, nunca fue posible responsabilizarlo totalmente de sus errores.

Entre José Sarney y Ulysses Guimaraes se estableció, a pesar de ellos mismos, una simbiosis profunda. Aunque en realidad el uno trataba de tragarse al otro, ambos sabían que este acto de canibalismo sólo ocurría en la sucesión. La democracia no estaba consolidada, los militares seguían con un poder de veto importante, de manera que la apertura dependía de la complicidad de todos. Pero el presidente de la República y el del Congreso practicaban entre ellos una sorda guerra de posiciones, convirtiendo en impracticable al gobierno, desgastando además sus propias figuras políticas. A ello se agrega que los gobernadores, con la expectativa de mayores recursos para sus administraciones, se cubrieron con la máscara de Jano: el partido ómnibus pronto se convirtió en una *jamanta** cargada de automóviles usados.

La oposición a esa complicidad dio origen al Partido Social Demócrata Brasileiro (PSDB); esta nueva agrupación pretende reforzar el juego político, arma un ideario convincente y adecuado a las expectativas de las clases medias pero, con raras excepciones, no consigue atraer políticos en el Ejecutivo, enredados como estaban éstos por la simbiosis Sarney/Ulysses. Por eso hasta ahora no montó su propia maquinaria electoral, restringiéndose a un partido que funciona bien en el Parlamento, pero que depende, en su contacto con las masas, de figuras de identificación aislada. Es sintomático que desde el inicio se haya aglutinado como un partido en función de la candidatura de Mario Cova.**

Se percibe, pues, que la propia dinámica de los partidos clave de la Nova República —Partido del Frente Liberal (PFL), PMDB y, después PSDB— termina por sumergir a la sucesión en el elemento de las identificaciones completamente individuales. Con ello se prepara el terreno para la aventura y no es casual que a la carrera se lancen 22 candidatos. El juego político se muestra incapaz de selec-

* *Jamanta* es un mamífero típico de Brasil. Por extensión, se les llama así a los grandes camiones utilizados para el transporte de automóviles.

** Candidato, junto con Ulysses y Collor a la Presidencia de la República en las elecciones de 1989.

cionar a candidatos viables. Se agrega a ello que una elección única para la Presidencia tiene, en nuestros países, la virtud de despertar toda una mitología de la vida cotidiana, ligada a la idea de nación y al propio sentido de espacio público. Pero se parece a la elección de un Papa; no tanto la del supremo funcionario de la Iglesia sino más bien la del heredero de San Pedro quien, poseyendo las llaves del cielo, tiene la virtud de mediar entre los hombres y la divinidad. Antes de ser el primer funcionario del Estado, el presidente de la República diseña una *religión* imaginaria entre las partes desgarradas de la nación para formar un cuerpo místico, enorme espejo en el que cada uno pueda obtener la nitidez de su imagen. Esto es así porque el país carga cierta masa informe y desorganizada, está lacerado por conflictos internos irreductibles, desordenado por los efectos anómicos de una inflación avasalladora, de una migración que es para las grandes ciudades como una polvareda de personas en movimiento *browniano*. ¿No surge de esta manera sustento para un golpe de mano?

IV

Fernando Collor de Mello supo, con gran habilidad, aprovechar esa coyuntura. La marginalidad de Alagoas le aporta la primera ventaja; el antiguo alcalde y gobernador hace creer que no era político, es más, que se debate contra toda la política vigente.

Obsérvese que también Lula sigue afirmando que no pasa de ser un tornero mecánico,* aunque hace años que no maneja un torno. Pero para negar la política, Collor necesitaba representar situaciones concretas, como pararse en frente del Planalto con los bolsillos vacíos y demás.

En una sociedad de masas, el político no es en general una figura popular. No obstante, en virtud del distanciamiento entre el Brasil legal, la normatividad restrictiva, y el Brasil real del “salir del paso”,** el político aparece como un farsante, un mentiroso. Muchos hasta aprueban a aquel que roba pero hace; a fin de cuentas, el asalto de los cofres públicos y contra los grandes contratistas no afecta directamente el bolsillo del asalariado. Y Paulo Maluf debe

* Como los lectores recordarán, Lula es un exobrero metalúrgico.

** La expresión usada en el original es *jeitinho*, de difícil traducción pues implica toda una simbología vinculada con una “manera de ser”, ligada a la astucia y la apariencia.

la recuperación de su imagen al resurgimiento de aquel lema adhemarista.* Para otros, no obstante, precisamente para los más desprotegidos, para los que viven en las periferias de las ciudades o en los resquicios de las casas burguesas prestando servicios domésticos, aquella investidura es una afrenta, un privilegio del que el otro se apropia indebidamente. La competencia política no es vista como capacidad de una persona, aparece hipostasiada en el cielo platónico a disposición de los poderosos. Más que sus obras, Collor acentúa su impotencia, hace que todo aquello que dejó de hacer aparezca como el resultado de las intrigas del gobierno central.

La lucha contra los *marajás*** fue otro eje de su campaña. En vez del insaciable *tiburón**** antiguo, la nueva metáfora destaca ahora que el explotador es un alto funcionario público (y ya no el empresario privado) que infla su salario mediante ardides en la legislación. Se percibe la explotación como proveniente del propio gobierno, de manera que el Estado, en vez de cumplir sus promesas de bienestar social, queda desvirtuado por las ganancias de sus funcionarios. Para la constitución de esa figura de *marajá* como enemigo público número uno, me parece importante el enfrentamiento de Collor con el Poder Judicial. El Robin Hood de Alagoas, *explayboy* de Copacabana y de Brasília, aparece con el valor de desobedecer la norma legal para sanear las finanzas de su estado. A partir de eso, *marajá* significará el rico explotador apoyado en privilegios legales, mostrando como la explotación está inserta en la propia legalidad. Tanto es así que un sondeo de *Data Folha*,**** del 14 de enero de 1990, apunta que el 49% de los paulistas aprueban el viaje millonario que el presidente electo acaba de hacer. No es la riqueza ostentosa lo que preocupa al pueblo, sino la legalización del privilegio como manera de distanciar al pobre del rico.

En esas condiciones, la denuncia de la corrupción gana nuevos aspectos. El *tiburón* corrupto era el símbolo de una corrupción social, el *marajá* corrupto señala la corrupción del propio Estado, viciado en su estructura normativa, ineficaz en su red de servicios. Así pues, la crisis no se percibe tanto como social, sino, sobre todo, como una crisis del Estado, de la propia legalidad. Bajo este aspec-

* Se refiere a Adhemar de Barros, exgobernador de São Paulo cuyos métodos de gobierno implicaban justamente lo señalado en el párrafo anterior.

** Se llama *marajás* a los funcionarios públicos de puestos altos y medios, que a partir de su posición y mediante la corrupción favorecen a sus familiares, amigos, clientes y aun a ellos mismos.

*** Se llama así a los empresarios que buscan ganancias desmedidas.

**** Informaciones que se publican en el periódico *A Folha de São Paulo*.

to, la caza de los corruptos, además de aparecer como una lucha contra los privilegiados, surge también como una batalla contra la propia legalidad responsable de aquellos privilegios. Esto se comprende mejor si pensamos en la situación de anomia en que vivimos, cuando la destrucción de los límites que pautan la acción de los agentes económicos propicia una paranoia generalizada, en la que todo el mundo se siente al mismo tiempo perseguido y perseguidor. Hay una continuidad entre los fiscales de Sarney, durante el Plan Cruzado, y el cazador de *marajás* con su facción imaginaria organizada como regimiento en los comicios. Todos luchan por el cumplimiento de la norma, pero ésta surge del cielo, no es el resultado de una voluntad general; es la voluntad de todos porque todos se someten a los mandamientos del Dios superego.

Así pues, el voluntarismo de Collor cae en terreno fértil. En dos momentos de la campaña se pone efectivamente de manifiesto. El primero fue durante el triste episodio de la candidatura de Silvio Santos. Sarney y su grupo, apoyados en el PFL, perciben que el juego político estaba fallando y que la compra de una parte del Congreso no podría repetirse en la compra de la nación. Durante la campaña electoral los procesos de identificación y de saturación estaban separados. Sólo tendrían éxito si encontraban un candidato al que apelar. Los vetos del gobierno a la Ley Electoral preparaban una sustitución de última hora. Después de fallar la tentativa de lanzar al viejo payaso Janio Quadros, les quedaba la alternativa de lanzar a la palestra al animador de TV Silvio Santos. Tan pronto como los otros candidatos se repusieron del susto, Collor se dirigió directamente al programa electoral gratuito,* se colocó frente a la cámara y, con el dedo en ristre, cara a cara, responsabilizó al presidente de la maniobra, en términos que ninguna autoridad legítima podría aceptar. Al hacer tambalear toda la mediación política, su embestida contra el Jefe de Estado pasa entonces directamente a las masas, pero él dice todo aquello que estaba atrapado en nuestras gargantas. A partir de eso, se crea el clima que permitió al Tribunal Superior Electoral tomar una decisión ejemplar, excluyendo la candidatura postiza. El segundo hecho ocurre en los últimos días de la elección, cuando la candidatura de Lula emprende su último impulso. Amenazado por este avance, Collor se encierra en su casa,

* Un espacio diario en cadena nacional durante un periodo cercano a las elecciones, donde los candidatos presentan sus programas, sus equipos de trabajo, etc. Este espacio gratuito se rige por normas establecidas por el Supremo Tribunal Electoral.

rechaza toda asesoría y monta un ataque personal al candidato de la izquierda, removiendo los albañales del inconsciente colectivo. Ningún escrúpulo constituiría un obstáculo para él en su camino hacia el Palacio del Planalto.

La victoria de Collor fue un golpe duro en el frágil juego político brasileño. Me parece evidente que, si no logra él mismo establecer su trama de alianzas, su única salida será un gobierno que ensaye una relación directa con las masas desprotegidas. En pocas palabras, populismo de derecha. Ya se preveía que cualquier presidente electo, en las condiciones actuales, sería débil. El movimiento que lo llevase a la jefatura del Estado, apoyándose básicamente en procesos de identificación y de saciedad, terminaría por aislarlo, dejándolo apenas rodeado de su pequeño grupo de aliados. Su primera tarea ha de consistir en construir un entramado de alianzas que le permita gobernar. En el caso de Collor, esa debilidad, además, está reforzada por el golpe de suerte que le aseguró la elección.

V

Conviene no perder de vista que la campaña, como un todo, modificó la fisonomía política del país. El clima de desaliento que pesaba sobre todos a principios del año, fue sustituido por el entusiasmo de los comicios y por la discusión del futuro. Y la polarización de los últimos días permite prever la posibilidad de romper con la tediosa conciliación de la Nova Republica. Se espera una gran sacudida en el sistema partidario. No es éste el lugar para examinar un problema que no puede ser analizado lejos de los mapas electorales que apunten las nuevas tendencias del electorado. Las próximas elecciones replantearán con agudeza los problemas regionales y solamente después de ellas se sabrá cómo será el perfil de las futuras luchas políticas.

Mientras tanto, es preciso empezar a discutir ya el papel del PT, el gran vencedor de esa elección. ¿Hasta qué punto podrá conciliar su lenguaje socialista clásico como su práctica política sindicalista, su apertura a las clases medias y la demanda corporativista de sus bases? En vez de que esas preguntas se discutan frontal y abiertamente, están planteadas por la lucha obstinada de las facciones, en un ambiente de resentimiento que además no aprende a valorar la diferencia y la disidencia como momentos importantes de la propia identidad. Es sintomático que los censores de la ortodoxia ya se pro-

pongan oponerse a Luiza Erundina, hasta ahora figura política de santa observancia. Sólo porque, como todos los presidentes municipales que salieron del PT, ella procura un mayor grado de libertad ante el partido para poder volver más ágil su administración. Hay cuestiones teóricas que no pueden seguir siendo postergadas. ¿Qué significa en definitiva socialismo, después de todo lo que está sucediendo en el Este europeo? ¿Qué se puede entender actualmente por un análisis de clase? ¿Cómo mantener la clásica oposición entre izquierda y derecha frente a los dilemas de la modernización contra el arcaísmo? Sin embargo, mientras los intelectuales orgánicos o "desorgánicos" siguen enredándose en esas cuestiones, los intelectuales del PT necesitan producir ya una reflexión que capte las lecciones más cercanas de su propia elección, en particular la de la segunda vuelta. El PT llega a ella por los azares de la suerte. Si Brizola hubiese aprovechado mejor sus posibilidades de penetrar en el PTB paulista, el adversario de Collor sería él, cambiando, por consiguiente, el panorama político actual.

Los partidos, en general, no estaban preparados para una negociación amplia durante la segunda vuelta, que implicaba, desde el principio, contactos previos. Collor tenía que mantener su aparente distancia de los partidos y tejer por debajo del agua la adhesión individual de los políticos. La derecha estuvo obligada a lanzarse en sus brazos, unos con desconfianza y contra su gusto, otros entusiasmados por haber encontrado un protagonista digno de suceder a Janio Quadros. Y los últimos días de la campaña mostraron cómo los privilegiados de esta sociedad saben ocupar las calles y los espacios públicos para impedir que oleadas de bárbaros periféricos puedan invadirlos. Todo, no obstante, en un ambiente maravilloso, de final de campeonato de fútbol, cuando vencedores y vencidos comparten al menos el gusto por la fiesta. La vieja cordialidad brasileña.

Sin embargo, las izquierdas necesitaban vencer los resentimientos de otras campañas, la oposición de los militantes más fieles que hasta el día anterior habían defendido palmo a palmo su fe, sanar las diferencias ideológicas internas aparentemente cicatrizadas mediante santo y seña ambigüos (este es el caso en particular de los tucanos*), en fin, hilar un tejido que por su diversidad sólo podía resultar en una colcha de retazos. Con todo, lo importante es que esa colcha se hizo y que, por primera vez, políticos de varias procedencias se

* Se llamó así a los militantes del PSDB.

vieron constreñidos a estar juntos en los estrados. La misma coyuntura acabó por enseñar que en las situaciones existe una fuerza de unión que supera las diferencias del juego político. Conviene mencionar la actuación brillante de Lula y Brizola. El primero inició una amplia negociación con todos los sectores de la izquierda, rompiendo de una vez con la tradición de aislamiento del PT. Si hubiese vencido, es probable que se hubiera visto forzado a repetir la operación de Felipe González, cuando aisló a los chiitas* de su partido. Y Brizola dio una lección de habilidad política, adhiriéndose en la superficie a Lula, pero siempre poniéndole en el zapato alguna piedra, como forma de marcar su distanciamiento y su identidad.

Ya en la primera vuelta electoral se percibía cómo el juego político se apartaba de la intención de los electores. A excepción de los “colloridos”** y de los militantes más ligados a los partidos, un contingente volátil estaba en busca de su candidato. Esto es normal en una sociedad de masas, principalmente cuando el voto es obligatorio. Es interesante cómo la polarización de la segunda vuelta reveló fuerzas sociales que estaban más allá del juego político. Se puede decir, *grosso modo*, que la derecha más los desheredados aseguraron la victoria de Collor. ¿Qué significan tales grupos? Los desheredados son aquellos que se infiltran por los poros del sistema de mercado, que participan de él por el margen. Muchos de ellos votaron por Lula, pero un gran número delegó a un mesías la solución de sus problemas. Pedían cambios sin saber al menos delinear sus ejes principales. La derecha sí sabía lo que pretendía. Son todos aquellos que, a pesar de sus críticas a nuestro capitalismo salvaje, temen que éste sufra cambios significativos capaces de amenazar sus privilegios. Los últimos días de la campaña se caracterizaron por el renacimiento de la mitología más retrógrada del tipo de “todo comunista come criaturas”. Este hacer hincapié en el *statu quo* colaboró para que el otro lado formase una izquierda unificada.

Mucho se discute ahora acerca de la pertinencia de la oposición izquierda/derecha, que tendría que ser sustituida por la oposición moderno/arcaico. Pero, ¿qué significa “moderno”? Nada más que los patrones de comportamiento, las relaciones formalizadas, los movimientos del mercado de trabajo y de capitales débilmente controlados mediante una planificación del Estado. “Arcaico” in-

* Una de las fuerzas políticas que conviven dentro del Partido dos Trabalhadores.

** Como es fácil suponer, los partidarios de Collor.

dica todo aquello que escapa a los modelos vigentes en las sociedades más ricas. No es éste el lugar para discutir la vaguedad del concepto de moderno, que apunta tanto a Alemania como a Japón como espejo de la modernidad. Y si no cabe duda de que, en Brasil, el arcaísmo marca tanto a ciertos sectores empresariales como a algunos movimientos sindicales, no me parece conveniente abandonar terminantemente el concepto de izquierda.

Con el derrocamiento de los sistemas económicos-sociales del Este europeo, con el desastre de los demás regímenes comunistas, creo que se ha liquidado un proyecto de estatización total de la economía, así como el de sustituir la política por la administración. Permanece, no obstante, la cuestión de la planificación. Y en este punto se insinúan diferencias radicales. La planificación puede ser autoritaria, democrática o socialista. ¿Qué puede significar "socialista"? Para retomar el núcleo de una tradición segura, la planificación socialista ha de tender a una completa subversión del sentido del trabajo en el régimen capitalista. Sabemos que la mercantilización de la fuerza de trabajo no podrá ser superada por la mera abolición del mercado de trabajo; con todo, nada impide que éste funcione en aras de proporcionar un excedente que no escape al control público de los propios trabajadores. En este punto se plantea no sólo la cuestión crucial de la democracia, sino también el problema de la abolición de las formas de poder por el trabajo. Es probable que no se obtengan soluciones simples y unívocas a preguntas tan complicadas. En los restringidos límites de estas observaciones impresionistas, escritas para empezar a entender la importancia de los últimos hechos políticos en Brasil, es preciso tan sólo señalar que nuestras aspiraciones a no "perder el tren de la historia", a no ponernos al margen de la revolución tecnológica, han de estar asociadas con las esperanzas de un mundo que, además de más igualitario, sea también capaz de recuperar el sentido lúdico y social del trabajo. Existirán y todavía existen sociedades en las que el trabajo en trueque no constituye el primer paso de la humanización del individuo. Si el trabajo es básicamente un juego colectivo, puede tender a ejercerse con los medios de producción controlados por la propia colectividad. Cabe preguntarse si los "salvajes" que viven en nuestros sistemas productivos no son más felices que los marginales de Nueva York o los hambrientos del Nordeste, si una sociedad de consumo no implica la exclusión de una parte de la humanidad. Si los problemas cruciales de la propia sobrevivencia del mundo contemporáneo no pueden ser resueltos sin el avance de la ciencia y de la tecnología, ¿no conviene, pues, pregun-

tarnos como lo podemos integrar a nuestra vida cotidiana sin transformarnos en robots consumidores de *junk food*? La urgencia de la modernización no obliga a distanciarse de una crítica de las raíces del propio modo de vida contemporánea. Y si hoy ya no se cree en ninguna medida objetiva para la explotación del trabajo, esto no suprime el hecho de que el sistema capitalista genera al mismo tiempo riqueza y pobreza, integra en su vientre a nuevos trabajadores y también los expulsa.

Desde ese punto de vista, con todos sus vicios y tropiezos, la alianza que se formó en torno a Lula, en oposición a la derecha “collorida”, tiene al menos la virtud de romper con el viejo pre-concepto brasileño contra el trabajo manual: casi la mitad del cuerpo electoral admitió en la presidencia a un tornero mecánico y líder sindical. No ocurrió lo que se espera de la segunda vuelta en un país propiamente democrático —que el candidato derrotado se transforme en dirigente de la oposición—; pero planteó el desafío de montar un juego político moderno capaz de representar los anhelos de cambio, esas fuerzas contestatarias que corren por debajo de la política, la esperanza de alterar nuestras formas actuales de sociabilidad. Y la palabra “trabajador” empieza a tener más peso político que la de “asalariado”.

VI

De las últimas elecciones todos salimos más maduros. Se vuelve cada vez más consciente la profundidad de la crisis, la necesidad de un diálogo permanente entre las diversas fuerzas políticas, incluso hasta con las enemigas. No se trata de diseñar un gran plan de salvación nacional, de sacrificar nuestras diferencias en aras de una hipotética patria unida. Pero se abre la posibilidad de reencontrar el sentido del espacio público, de aquella plaza que fue del pueblo, donde pueda instalarse la democracia como procedimiento de negociación constante. Ahora la iniciativa está en manos de Collor y de sus amigos advenedizos. Después de hacer un viaje a una Disneylandia presidencial, *como a un niño* a quien le acaban de regalar un juguete y necesita disfrutarlo de inmediato, Collor empieza a enfrentar la dura necesidad de armar los andamios de su gobierno. La derecha torpe marca sus distancias o se adhiere con cautela, las izquierdas tratan de encontrar sus líneas de oposición, no por la obstinación de ser oposición, sino por la necesidad de no dejar que se pierda de vista el hecho de que la crisis se resolverá con menos dolor si

se negocia. Parece que, en un primer momento, Collor intentará un gobierno *milkshake*, mezclando tendencias y personajes diversos. Todavía no se puede prever el resultado de un gobierno de advenedizos y arribistas. Enfrenta la pobreza y la disolución del juego político brasileño hasta que pueda dar en el blanco. Si falla, se deslizará hacia la derecha o tratará de ahondar sus tendencias populistas, apelando directamente a las masas como técnica para esconder los fracasos. Es la peor solución, que podrá generar una crisis institucional.

Traducido del portugués por Isabel Vericat
Revisado por Vania Salles

Correspondencia: CEBRAP/Rua Morgado de Mateus 615/04015 São Paulo, SP/Brasil.